

***POETAS DE GRECIA Y ROMA, TRADUCIDOS DE LA MANO Y
PLUMA DE ESTEBAN TORRE***

MANUEL MARTÍNEZ ARNALDOS
CARMEN M. PUJANTE SEGURA
Universidad de Murcia

Con su última traducción Esteban Torre (Sevilla, 1934) vuelve a demostrar que los clásicos son eternos, infinitos, inagotables, perennes, siempre nuevos. En esta ocasión, escoge un ramillete de cuarenta textos poéticos de siete autores griegos y de siete autores romanos para verterlos a la lengua castellana. La labor de selección, de traducción y de anotación viene sellada por una libertad bajo la cual se hunde el profundísimo bagaje lector, traductor y docente de Torre, conjugado con el de su larga etapa como profesor del área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Sevilla y avalado por el reconocimiento de premios a la traducción. Todos sus caminos literarios y también vitales confluyen en *Poetas de Grecia y Roma. 40 poemas*.¹

No es la primera (como tampoco será la última) de las traducciones clásicas de la mano y pluma del catedrático emérito Esteban Torre. Esta sale de la imprenta de la editorial Renacimiento, que la incluye en su colección «Poesía Universal», pero viene precedida de tantas otras, no solo de *La Poesía de Grecia y Roma. Ejemplos y modelos de la cultura literaria moderna* (obra de 1998 mencionada por el autor en su prólogo): aquella primera en la que se dejaba ver su anterior profesión de médico como *Averroes y la ciencia médica* (1974), aquella conmemorativa de un poeta querido como eran los *35 sonetos ingleses de Fernando Pessoa. Homenaje: 1888-1988* (1988), aquella «maldita» que se correspondía con *33 poemas simbolistas: Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé* (1995), aquella «rara» como la que era reunida en *Sobre el libro de Job y otros poemas* (2001), entre otras de poetas andaluces, de otros doctores o de autores como Blanco White (la cual le valió el Primer Premio del II Certamen Nacional de Traducción Poética en 1988). En su querencia por contar el número de los poemas reunidos, aquí son cuarenta los poemas tras más de cuarenta años de traducción, ya sea del inglés o del francés, ya sea del griego clásico o del

¹ *Poetas de Grecia y Roma. 40 poemas*, traducción de Esteban de Torre, Sevilla, Renacimiento, junio de 2019, 220 págs.

latín, como resulta en este último libro. Aparte de otro premio como el de la Traducción «Eduardo Benot» en 2012, Esteban Torre es pensador de la traducción –como lo demuestra en *Teoría de la traducción literaria* (1994)–, editor de otras obras –como se comprueba en *Prosodia castellana y versificación* de Eduardo Benot (2003)– y siempre investigador –director a día de hoy de *Rhythmica. Revista Española de Métrica Comparada*–. Aparte de todo ello (y más), es poeta y, como tal, autor de libros de poesía: el primero de ellos se remonta a 1954 (cuando todavía no era filólogo), el titulado *¿Por qué?*, mientras que el último, con el título de *LXII Sonetos*, era publicado hace un año también en la editorial Renacimiento. Así pues, por el momento ya se puede concluir que, permítase la expresión, «sabe de lo que habla» (o traduce, en este caso).

Esteban Torre, como consta al inicio de *Poetas de Grecia y Roma*, se encarga de la selección, la traducción, el prólogo, las notas y el glosario de este libro, secciones que pasan a ser desglosadas a continuación. Según su criterio (precioso criterio), la selección (vertiginosa selección) es, nada más y nada menos, la de los mejores textos poéticos. De distinta procedencia, no obstante su carácter diversamente fragmentario, en esta traducción los textos logran adquirir plena autonomía como poemas. Son ordenados en el libro siguiendo otro criterio, el cronológico: siete (número mágico) de la literatura clásica griega, desde Homero a Hesíodo, Safo, Píndaro, Sófocles, Teócrito y el Pseudo-Anacreonte, y siete de la literatura latina, desde Catulo a Virgilio, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio y el Pseudo-Ausonio. A propósito de cada autor, antes de leer los textos traducidos, Esteban Torre logra condensar magistralmente en apenas dos o tres páginas una brevísima y justa semblanza (seguida de una explicación del proceder particular en la traducción de esos textos).

En cuanto a la traducción de la cuarentena de textos seleccionados, tanto en el prólogo general como en el preámbulo de la selección de cada autor Esteban Torre da explicaciones, no solo de su fidelidad a la letra y el valor estético del texto original, sino de la musicalidad y el ritmo de esa letra, de ese idioma, de esa métrica. Advierte al principio de que la norma elemental ha consistido en responder a «las distintas posibilidades combinatorias que ofrece el ritmo endecasílabo» (pág. 11), exceptuando los fragmentos del Pseudo-Anacreonte, de ritmo octosilábico, en los que, por otra parte, excepcionalmente se procura conseguir la rima (como también en un poema de Catulo). Lo mismo sucede con su justificación del reemplazo de los hexámetros, tanto griegos como latinos, por «versos complejos de ritmo endecasílabo» (ídem), con endecasílabos y heptasílabos en una línea cada uno, con la excepción de los textos homéricos escogidos (en cuya traducción combina el endecasílabo sáfico con el pentasílabo adónico, consiguiendo reproducir una suerte de majestuoso *cursus planus*, según advierte). Para la traducción de los (h)endecasílabos y los diversos

dísticos de los otros autores también tendrá en consideración todo ello, junto con la distribución de los acentos y el intento de ajustar cada verso original al traducido. Por supuesto, ofrece una exacta justificación de su opción tomada.

Como se ha dicho, es en el prólogo donde Torre condensa la información necesaria para desentrañar la traducción, y lo hace con apasionada elegancia y personalidad pero sin abandonar el justo tono académico. También este prefacio brilla por su hábil concisión y su clara agudeza, pues en apenas ocho páginas compendia lo ineludible y, además, lo apoya sobre una escueta pero acertada bibliografía en la que se presentan las ediciones manejadas para su traducción (fundamentalmente inglesas y alemanas, aparte de alguna francesa y suiza, a partir de los años cincuenta). Esteban Torre, como indiscutible autoridad, no puede no hacerles justicia a las autoridades destacadas que le preceden en la estimación de las influencias grecolatinas en el mundo occidental, como Gilbert Highet, Erich Auerbach, Ernst Curtius o Harold Bloom, sin dejar de resaltar lo que, atendiendo a su criterio, en sus estudios pudiera haber de carencia o de desenfoque. Asimismo, en esas páginas previas remite el editor a algunos de sus estudios y traducciones anteriores a este libro.

Con las notas se refiere a las semblanzas que realiza de los catorce poetas reunidos con ocasión de este libro. En ellas Torre vuelve a hacer aflorar una de esas virtudes suyas, la de ir al grano: no renuncia a las notas pero tampoco cae en el acopio de la erudición filológica. Así, trata que el lector posea la información relevante directamente, sin tener que distraerse con más textos. Al final también se incluye un glosario, que siempre se agradece, por parte tanto de un lector familiarizado como de un aficionado. En él despliega un listado tanto onomástico como mitológico, que va desde Acates, Afrodita y Agamenón, hasta Venus, Virgen y, claro, Zeus.

De entre los cuarenta poemas escogidos, siguiendo los títulos propuestos, se leen de Homero los versos que cantan «La muerte de Patroclo», «El palacio de Alcínoo» y «Ulises y las sirenas» (de la *Iliada* y la *Odisea*, pues); de Hesíodo, aquellos que cantan «Las estaciones» (extraídos de la parte correspondiente de *Trabajos*); de Safo, aquellos que cantan el «Himno a Afrodita», los «Efectos del amor», la «Luna Llena» o algo «Como dulce manzana» (esto es, algunos de los escasos fragmentos conservados de la poeta); de Píndaro, aquellos que cantan a «La vida inmortal», a los «Hombres y dioses» o a «La vida de la fama» (de *Píticos*, *Nemeos* e *Ístmicos*, respectivamente); de Sófocles, aquellos del «Canto al hombre» (extraídos de su *Antígona*); de Teócrito, aquellos que cantan al «El pastor y el cabrero» (de sus *Idilios*); del Pseudo-Anacreonte, aquellos que cantan a «La lira de Homero», «La cigarra» o «La rosa de los amores» (fragmentos indispensables por la influencia de la poesía anacreóntica en la literatura occidental); de Catulo, aquellos que cantan a «El pajaro muerto», «A Lesbía» o una «Imitación de Safo» (de sus célebres *carmina*);

de Virgilio, aquellos que cantan «La nueva Edad de Oro», «Después de la Edad de Oro», «Afortunados labradores», «Laocoonte», «La muerte de Dido» o «Con trepidante galopar» (de las *Églogas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*); de Horacio, aquellos que cantan «*Carpe diem*», «A Licinio», «A Póstumo», «Versos nunca oídos», «*Non omnis moriar*» o «*Beatus ille*» (todos de sus *Odas*, salvo el último, de los *Epodos*); de Tibulo, aquellos que cantan sobre «La paz y la guerra» o «Bendecimos los campos» (de sus *Elegías*); de Propercio, aquellos que cantan sobre «Más allá de la muerte, el amor» y «Más allá de la muerte, la gloria» (de sus correspondientes *Elegías*); de Ovidio, aquellos que cantan sobre «La Edad de Oro», la «Fábula de Píramo y Tisbe», «La Fama» y «Galatea» (todos ellos de sus *Metamorfosis*); y, finalmente, del Pseudo-Ausonio, aquellos que cantan el irrenunciable «*Collige, virgo, rosas*».

Haciendo honor a la libertad de elección antológica, entre todos los destacados se nos permitirá destacar dos poemas: el precioso «Ulises y las sirenas» del gran Homero y el conseguidísimo «Con trepidante galopar» del gran Virgilio. Así traduce de la *Eneida* de Virgilio unos versos del octavo libro, cuya apasionada explicación se refiere al «memorable hexámetro que imita magistralmente el estruendoso galopar de los caballos» (pág. 93):

Marchan armados por los matorrales,
que acortan el camino.
Pronto surge un clamor. Y los caballos,
en fila de combate,
con trepidante galopar golpean
el polvoriento campo.

Pero es de justicia resaltar otros pasajes explicativos de este libro con el fin de subrayar la maestría y también las maneras del traductor y editor. Por ejemplo, cuando en la semblanza de Homero alude a que su «perfección formal es realmente asombrosa» y a que sus «imágenes, fundamentalmente visuales, pero a veces sinestésicas, en donde se mezcla el color con el olor, el sabor, el tacto y el sonido, son asimismo sorprendentes» (pág. 16). O, por ejemplo, cuando a propósito de «*De rosis nascentibus*» explica el motivo de la elección del fragmento, una poesía «realmente alambicada y erudita, de interés más documental e histórico que propiamente estético y literario» (pág. 178) de quien fuera relacionado en el siglo XVI con Ausonio, un autor del siglo IV d. C., que lo redactaría con «impecables dísticos elegíacos, cuya calidad es ciertamente digna de Virgilio» (ídem). O, por ejemplo, cuando a colación de Ovidio hace una rápida pero certera recensión de todos los autores, fundamentalmente españoles, en los que influyó de diferente grado y manera.

Según señala Esteban Torre en sus líneas prologales, este libro va dirigido al «lector actual», a quien ayuda a ir a la fuente por el «atajo» del que no es sino el camino recto, el que va hacia el poema sin pasar por otras fuentes textuales. Después de tantas y tantas traducciones que podrían dar por agotadas las fuentes, ciertamente estamos ante una traducción idónea para diversos tipos de lector: tanto el curtido como el aprendiz de la Antigüedad y sus textos, yendo el primero en busca de matices y logros nuevos, y yendo el segundo hacia un acercamiento a la belleza clásica y, con ella, hacia la valoración de los trabajos y los días que hay tras la tarea o destreza traductora.

Así pues, reiterando el punto de partida, en *Poetas de Grecia y Roma. 40 poemas* desembocan absolutamente todos los caminos literarios y también vitales de Esteban Torre, médico y filólogo, poeta y traductor de poetas. Con bisturí y muchos aumentos, sin miedo al vértigo, desentraña el texto clásico, griego o romano. Lo hace con la firmeza y también la libertad y la pasión de quien sabe lo que tiene entre manos. Lo asume, además, haciendo alarde de las *virtutes* retóricas clásicas según Quintiliano, como la de la *brevitas* y la *perspicuitas*, Y lo logra puesto que ha aprendido otra lección de los clásicos, la que bien expuso Horacio en su *Epistula ad Pisones*, en concreto en el verso 119, el que apela a la necesaria tradición sin dar la espalda a la novedad: «Aut famam sequere aut sibi convenientia finge».